

mayor. He aquí un mensaje del rey para la señora Marquesa, mensaje urgentísimo, como usted vé, puesto que mi caballo y yo, por andar más de prisa, hemos estado á punto de rompernos la cabeza. Comprenderá usted que en el estado en que estoy, con una pierna coja, no puedo llevar este papel. Para esto tendría que hacer que me llevasen á mí mismo. ¿Quiere usted ir en mi lugar?

Al mismo tiempo, sacaba del bolsillo un gran sobre dorado con arabescos, acompañado del sello real.

—Con mucho gusto—dijo el caballero, cogiendo el sobre. Y rápido y ligero como una pluma, salió corriendo, de puntillas.



CAPÍTULO V

UANDO llegó el caballero al palacio, había otro portero en el peristilo.

—Orden del rey—dijo el joven, que ya no temía las alabardas; y enseñando la carta, entró alegremente entre media docena de criados.

Un ujier alto, colocado en medio del vestíbulo, al ver la orden y el sello real, se inclinó gravemente, como un álamo doblado por el viento; luego, con uno de sus huesudos dedos tocó, sonriendo, la esquina de la entablatura.

Una puertecita que se cerraba sola, oculta por una cortina, se abrió en el acto como por sí misma. El hombre huesudo hizo una seña de respeto: entró el caballero, y la cortina, que se había entreabierto, cayó blandamente tras él.

Un ayuda de cámara, silencioso, le introdujo entonces en un salón, luego en un pasillo, al cual daban dos ó tres gabinetitos, y en fin, á otro salón, en donde le rogó que aguardase un momento.

—¿Estoy todavía en el palacio de Versalles?—se preguntó el caballero.—¿Empezaremos á jugar al escondite?

En aquella época Trianon no era ni lo que es ahora ni lo que había sido. Se ha dicho que Madama de Maintenón había convertido á Versalles en un oratorio, y Madama de Pompadour, en un gabinete. También se ha dicho de Trianón que *ese castillito de porcelana* era el gabinete de Madama de Montespan. Sea lo que fuere, parece cierto que, Luis XV ponía de esos gabinetes en todas partes. Cierta galería en que su abuelo se paseaba majestuosamente estaba entonces dividida en infinidad de compartimientos. Los había de todos colores; el rey iba revoloteando por esos bosquetes de terciopelo y seda. —¿Le parecen de buen gusto mis habitaciones amuebladas?—preguntó un día á la bella condesa de Seran.—No—repuso ésta:—yo las querría azules.—Como el azul era el color del rey, le halagó esa respuesta. A la segunda cita, le señora de Serán vió el salón amueblado de azul, como lo había deseado.

El en que se hallaba en aquel instante el caballero solo, ni era azul ni blanco ni rosado, sino todo de espejos. Sabido es cuanto gana una mujer hermosa que tiene bonito talle, en dejar repetirse así su imagen de mil maneras. Deslumbra, envuelve, por decirlo así, á aquel á quien quiere agradar. Por cualquier lado que éste mire, la vé; ¿cómo evitarlo? No le queda más remedio que huir ó declararse subyugado.

El caballero miraba también el jardín. Allí, tras laberintos y sotillos, estatuas y jarrones de mármol, empezaba á apuntar el gusto pastoril, que la marquesa iba á poner de moda, y que, más tarde, habían de llevar á tan alto grado de perfección la señora Dubarry y la reina María Antonieta. Ya aparecían las fantasías campestres en que se refugiaba el capricho estragado. Ya los Tritones mofletudos, las diosas graves y las ninfas sábias, los bustos de grandes pelucas, helados de horror en sus nichos de verdura, veían brotar de la tierra un jardín inglés en medio de asombrados tejos. Los céspedes, los arroyuelos, los puentecitos, iban á destronar pronto al Olimpo para reemplazarlo por una lechería, extraña parodia de la naturaleza, que los ingleses copian sin comprenderla, verdadero juego de niño convertido entonces en pasatiempo de un

amo indolente que no sabía como distraerse de Versalles en el mismo Versalles.

Pero el caballero estaba hartado y seducido de hallarse allí para que pudiera presentarse á su imaginación una reflexión crítica. Por el contrario, estaba dispuesto á admirarlo todo, y en efecto, admiraba, dando vueltas á la misiva entre sus dedos, como hace con el sombrero un provinciano, cuando una linda doncella abrió la puerta, y le dijo callandito:

—Venga, caballero.

La siguió, y después de pasar de nuevo por varios pasillos más ó menos misteriosos, ella le introdujo en un cuarto cuyas contraventanas estaban entornadas. Allí la doncella se detuvo y pareció escuchar.

—Continúa el escondite—pensó el caballero.

Pero, á los pocos minutos, abrióse otra puerta, y otra doncella, que parecía deber ser tan bella como la primera, repitió en el mismo tono iguales palabras:

—Venga, caballero.

Si éste se había emocionado en Versalles, lo estaba también ahora, aunque muy distintamente, pues tocaba al umbral del templo en que habitaba la divinidad. Adelantóse con el corazón palpi-

tante; una luz suave, velada débilmente por ligeras cortinas de gasa, sucedió á la obscuridad; un perfume delicioso, casi imperceptible, esparcióse por el aire en torno suyo; la doncella apartó tímidamente la punta de una cortina de seda, y, en el fondo de un gran gabinete de la más elegante sencillez, distinguió á la dama del abanico, es decir, á la omnipotente marquesa.

Estaba sola, sentada ante una mesa, vestida con una bata, con la cabeza apoyada en la mano, y parecía preocupadísima. Al ver entrar al caballero, se levantó con movimiento súbito y como involuntario.

—¿Viene usted de parte del rey?

El caballero hubiera podido contestar; pero no creyó nada mejor que inclinarse profundamente, presentando á la marquesa la carta que le traía. Tomóla ella, ó más bien se apoderó de la misiva con suma vivacidad. Mientras la abría sus manos temblaban en el sobre.

Dicha carta, escrita de puño del rey, era bastante larga. La marquesa la devoró primero, por decirlo así, de una ojeada; luego, la leyó ávidamente con profunda atención, frunciendo el ceño y apretando los labios. De ese modo no estaba bella, ni se parecía ya á la aparición mágica del saloncillo de descanso. Al llegar al final, pareció meditar. Poco

á poco su rostro, que había palidecido, coloreóse con un ligero encarnado (á aquella hora no tenía arrebol); no solo le volvió la gracia, sino que por sus delicadas facciones pasó un rayo de belleza; sus mejillas hubieran podido confundirse con dos hojas de rosa. Lanzó medio suspiro, dejó caer la carta sobre la mesa y, volviéndose al caballero, le dijo, con la más graciosa sonrisa:

—Le he hecho esperar, pero es por que no estaba levantada, ni siquiera lo estoy aún. Por esa razón me he visto obligada á hacerle pasar por los escondites; pues aquí me asaltan tanto como en mi casa. Quisiera contestar dos palabras al rey. ¿Le molesta llevarle mi recado?

Ahora había que hablar; el caballero tuvo tiempo de recobrar un poco de valor:

—¡Ay, señora!—dijo tristemente.—Me hace usted mucho honor; pero, por desgracia, no puedo aprovecharlo.

—¿Por qué?

—No tengo el honor de pertenecer á Su Majestad.

—¿Entonces, cómo ha venido aquí?

—Por una casualidad. He encontrado en el camino á un paje que se ha caído al suelo, y me ha suplicado...

—¿Cómo que se ha caído al suelo?—repitió la marquesa, rompiendo á reír.

(Parecía tan feliz en aquel momento, que la alegría le venía fácilmente).

—Sí, señora; se ha caído del caballo, en la verja. Afortunadamente, yo estaba allí para ayudarle á levantarse, y como se le ha estropeado mucho el vestido, me ha rogado que me encargue de su mensaje.

—¿Y por qué casualidad se hallaba usted allí?

—Porque tengo que presentar un memorial á Su Majestad, señora.

—Su Majestad reside en Versalles.

—Sí, pero usted vive aquí.

—¡Soberbio! De modo que es usted quien quiere encargarme de una comisión...

—Señora, le ruego que crea...

—No se asuste; no es usted el primero. Pero ¿por qué se dirige á mí? Yo no soy más que una mujer... como otra cualquiera.

Al oírse pronunciar estas palabras con aire burlón, la marquesa echó una mirada triunfante á la carta que acababa de leer.

—Señora—dijo el caballero,—siempre oí decir que los hombres ejercen el poder y las mujeres...

—Disponen de él ¿no es eso? Pues bien, señor, en Francia hay una reina.

—Lo sé, señora, y ese es el motivo de que me *halle yo* aquí esta mañana.

La marquesa estaba más que acostumbrada á semejantes cumplimientos, aunque solo se los hacían en voz baja; pero en la actual circunstancia, éste pareció agradarle muy singularmente.

—¿Y con qué fe, con qué seguridad ha podido usted llegar hasta aquí? Porque supongo que no contaría con que se cayese un caballo en el camino.

—Señor, creía... esperaba...

—¿Qué esperaba usted?

—Esperaba que la casualidad... podría...

—¡Dale con la casualidad!... Por lo visto, es amiga suya; pero le advierto que si no tiene otros amigos, es una triste recomendación.

Tal vez, ofendida la fortuna, quiso vengarse de tamaña irreverencia; pero el caballero, á quien las últimas preguntas habían turbado cada vez más, divisó de pronto, en una esquina de la mesa, casualmente, el mismo abanico que había recogido la víspera. Lo cogió, como entonces, y se lo dió á la marquesa, doblando ante ella la rodilla:

—He aquí, señora, el único amigo que tengo en esta casa.

Al principio, pareció extrañarse la marquesa; titubeó un momento, mirando tan pronto al abanico como al caballero.

—¡Ah!—exclamó al fin—tiene usted razón! le reconozco. A usted es á quien

ví ayer, después de la comida, estando yo con el señor de Richelieu. Se me cayó este abanico, y usted *estaba allí*, como usted dice.

—Sí, señora.

—Y, muy galantemente, como verdadero caballero, me lo recogió; no le he dado las gracias, pero siempre estuve persuadida de que quien sabe recoger tan galantemente un abanico, sabe también, en caso necesario, recoger el guante; y á nosotras nos gusta mucho eso.

—Es muy cierto, señora: porque al llegar, hace un rato, á poco tengo un duelo con el portero.

—¡Cielos!—dijo la marquesa, presa de otro arrebató de hilaridad.—¿Con el portero? ¿y para qué?

—No quería dejarme entrar.

—Hubiera sido una lástima... Pero, señor ¿quién es usted? ¿qué quiere?

—Señora, soy el caballero de Vauvert. El señor Birón pidió para mí una plaza de oficial de guardias.

—¡Sí tal; todavía me acuerdo! Usted viene de Neauflette, y está enamorado de la señorita de Annebault...

—¿Quién ha podido decírselo, señora?

—¡Oh! Le advierto que soy muy de temer. Cuando me falta la memoria, adivino. Usted es pariente del abate de Chauvelin, y ha sido denegado por eso,

¿no es verdad? ¿Dónde está su memorial?

—Aquí, señora; pero, en verdad, no acierto á comprender...

—¿A qué comprender? Levántese y deje el papel en esta mesa. Voy á contestar al rey; le presentará usted á la vez su instancia y mi carta.

—Pero, señora, creí haberle dicho que...

—Irá usted. Aquí ha entrado de parte del rey ¿no es cierto? Pues bien, allí entrará de parte de la marquesa de Pompadour, dama de la reina.

El caballero se inclinó sin decir una palabra, invadido por una especie de estupefacción. Todos sabían, de tiempo atrás, cuantas conferencias, argucias é intrigas había puesto la favorita, y qué obstinación demostró para obtener ese título que, en medio de todo, no le produjo nada más que un cruel insulto del Delfin. Pero hacía diez años que lo deseaba, lo quería y ahora lo consiguió. Vauvert, á quien ella no conocía, aunque conocía sus amores, le gustó como una buena noticia.

Inmóvil, de pie tras ella, el caballero examinaba á la marquesa, que escribía con todo el corazón, al principio; pero que luego reflexionaba, se interrumpía y pasaba su mano por su naricilla tan fina como el coral.

Impacientábase la dama; la molestaba tener un testigo. Al fin se decidió é hizo una raspadura; hay que confesar que no era más que un borrón.

Frente al caballero, al otro lado de la mesa, brillaba un magnífico espejo de Venecia. El muy tímido mensajero apenas se atrevía á levantar la vista. Sin embargo, difícil le era no ver en ese espejo, por encima de la cabeza de la marquesa, el rostro encantador é inquieto de la nueva dama de palacio.

—¡Qué bonita es!—pensaba—¡Qué lástima que yo esté enamorado de otra; pero Atenaida es más bella, y por otra parte, fuera esto una infidelidad por parte mía!

—¿De qué está usted hablando?—preguntó la marquesa. (Según su costumbre, el caballero había pensado, sin saberlo, en alta voz).—¿Qué dice usted?

—¿Yo, señora? Estoy esperando.

—Ya está concluída—respondió la marquesa, cogiendo otro pliego de papel, pero por el ligero movimiento que hizo para volverse, la bata se había deslizado por el hombro.

La moda es cosa rara. Nuestras abuelas juzgaban muy natural ir á la corte con inmensos vestidos que les dejaban la garganta casi al descubierto, y no se veía en eso ninguna indecorosidad; pero

se tapaban cuidadosamente la espalda, que las hermosas de hoy lucen en los palcos de la Opera. Es una belleza inventada recientemente.

En la blanca y preciosa espalda de Madama de Pompadour, había una pequeña señal negra que parecía una mosca caída en la leche. El caballero, serio como un aturrido que quiere guardar buena actitud, miraba esa seña, y la marquesa, con la pluma en el aire, miraba por el espejo al caballero.

En ese espejo, cambiöse una rápida mirada que, por una parte, quería decir: «Es usted encantadora», y por otra: «No me ofendo.»

Fuera lo que fuere, la marquesa se arregló la bata.

—¿Mira usted mi lunar, caballero?

—No miro, señora; veo, admiro.

—Tenga; ya está la carta; llévesela al rey con su solicitud.

—Pero, señora...

—¿Qué?

—Su Majestad está de caza; acabo de oír tocar en el bosque de Satory.

—Es verdad; ya no me acordaba; pues bien, mañana, pasado mañana, poco importa. No; ahora mismo. Désela á Lebel. Adiós, caballero. Procure acordarse de ese lunar que acaba usted de ver; en todo el reino, no lo ha visto más que el rey: y en cuanto á su amiga

la casualidad, dígale, por favor, que se acostumbre á no hablar sola tan alto como hace un rato. Adiós, caballero.

Tocó un timbre; luego, alzando por su manga una oleada de encajes, tendió al joven el brazo desnudo.

El caballero se inclinó, y con la punta de los labios, apenas rozó las sonrosadas uñas de la marquesa. No vió ésta una descortesía en ello, ni mucho menos, sino algo de exagerada modestia.

En seguida reaparecieron las doncellas y tras éstas, en pie, como un camparero en medio de un rebaño de corderos, el hombre huesudo, risueño siempre, indicaba el camino.



CAPÍTULO VI

SOLO, hundido en un viejo sillón, en el fondo de su cuartito de la hostería del Sol, el caballero esperó un día, luego dos;—no había ninguna noticia.

—¡Singular mujer!—¡Dulce é imperiosa, buena y mala, la más frívola y la más terca!—¡Me ha olvidado ¡oh, qué miseria! Tiene razón: ella todo lo puede y yo no soy nada.

Habíase levantado y se paseaba por el cuarto.

—No; nada; no soy más que un pobre diablo. ¡Qué razón tenía mi padre! La marquesa se había burlado de mí; esto es muy natural; mientras yo la miraba, le ha gustado su belleza. Se ha alegrado mucho de ver en aquel espejo y en mis ojos el reflejo de sus encantos que, á fé mía, son verdaderamente incomparables. Sí; tiene ojos pequeños, pero ¡qué

gracia! Y Latour, antes que Diderot, tomó, para retratarlas, el polvillo de las alas de una mariposa. No es muy alta, pero tiene una estatura muy aceptable.—¡Ah! ¡señorita de Annebault! ¡Ah! ¡querida mía! ¿Me olvidaré yo también, por ventura?

Dos ó tres golpecitos secos, dados en la puerta, sacáronle de su tristeza.

—¿Qué hay?

El hombre huesudo, todo vestido de negro, con un magnífico par de medias de seda que simulaban pantorrillas ausentes, entró é hizo un profundo saludo:

—Señor caballero: esta noche hay baile de máscaras en la corte, y la señora marquesa me envía á decirle que está usted invitado.

—Eso basta, señor, muchas gracias.

Así que se hubo retirado el hombre huesudo, corrió el caballero á la campanilla: la misma sirvienta que tres días antes le había vestido lo mejor que pudo, ayudóle á ponerse el mismo traje de lentejuelas, tratando de componerlo aún mejor.

Tras lo cual, el joven se encaminó al palacio, invitado esta vez, y más tranquilo en apariencia, pero también más inquieto y menos atrevido que cuando dió el primer paso en aquel mundo desconocido para él.



CAPÍTULO VII

ASÍ tan aturdido como la primera vez por todos los esplendores de Versalles que, aquella noche, no estaba desierto, andaba el caballero por la galería principal, mirando á todas parte, intentando averiguar para qué había ido allí; pero nadie parecía pensar en acercarse á él. Al cabo de una hora, se aburría é iba á marcharse, cuando dos máscaras exactamente iguales, sentadas en un diván, le detuvieron al pasar. Una de ellas le apuntó con el dedo, cual si tuviera una pistola; la otra se levantó y fué á él.

—Parece, caballero—díjole la máscara cogiéndole descuidadamente por el brazo,— que está usted bastante bien con nuestra marquesa.

—Dispéñseme usted, señora; pero ¿de quién habla?

- Demasiado lo sabe usted.
 —Nada absolutamente.
 —¡Oh, sí!
 —Nada, nada.
 —Toda la corte lo sabe.
 —Yo no soy de la corte.
 —Se hace usted el tonto. Le digo que se sabe.
 —Es posible señora, pero yo lo ignoro.
 —Sin embargo, no ignorará que antes de ayer, se cayó del caballo un paje, ante la verja de Trianón. ¿No estaba usted allí por casualidad?
 —Sí, señora.
 —¿No le ayudó á levantarse?
 —Sí, señora.
 —¿Y no entró usted en el palacio?
 —Claro que sí.
 —Y ¿no le dieron un papel?
 —Sí, señora.
 —¿Y no se lo llevó usted al rey?
 —Indudablemente.
 —El rey no estaba en Trianón, sino de caza; la marquesa se hallaba sola... ¿no es verdad?
 —Sí, señora.
 —Acababa de levantarse; apenas estaba vestida, á no ser, según dicen, una gran bata.
 —Las gentes, á quienes no se les puede impedir hablar, dicen lo que les pasa por la cabeza.

- Muy bien; pero parece ser que entre su cabeza y la de la marquesa, pasó una mirada que no ofendió á ella.
 —¿Qué quiere usted decir, señora?
 —Que usted no le ha disgustado.
 —No sé nada, y me desesperaría que tan rara y amable benevolencia que yo no me esperaba, y que ha penetrado hasta el fondo de mi corazón, pueda ser causa de malas interpretaciones.
 —Pronto se acalora usted, caballero; creyérase que va á desafiar á toda la corte; no acabaría usted nunca de matar tanta gente.
 —Pero, señora, si ese paje se ha caído y yo llevé su mensaje... Permítame preguntarle por qué se me interroga.
 La máscara le apretó el brazo y le dijo:
 —Escuche usted, caballero.
 —Todo cuanto usted quiera, señora.
 —Mire lo que pensamos ahora. El rey no quiere ya á la marquesa, y nadie cree que la haya querido nunca. Ésta acaba de cometer una imprudencia; se ha puesto por montera todo el parlamento, con sus sueldos de impuesto, y hoy, se atreve á atacar á una potencia mucho mayor, la Compañía de Jesús. La marquesa sucumbirá; pero tiene armas; y se defenderá antes de perecer.
 —Bueno, señora ¿y yo qué tengo que ver?

—Voy á decírselo. El señor de Choiseul está medio reñido con el señor de Bernis; ni uno ni otro están seguros de lo que querrían intentar; Bernis va á marcharse; Choiseul ocupará su puesto; una palabra de usted puede decidir.

—¿De qué modo, señora? Dígalo por favor.

—Dejando contar su visita del otro día.

—¿Qué relación puede haber entre los Jesuitas, el Parlamento y mi visita?

—Escríbame usted dos palabras y la marquesa está perdida. Y no dude que el mayor interés, el más completo agradecimiento...

—Dispéñeme que se lo diga, señora; pero, lo que usted me propone es una cobardía.

—¿Acaso hay valor en política?

—No entiendo nada de eso, señora. A Madama de Pompadour se le cayó el abanico delante de mí, lo recogí y se lo dí; ella me dió las gracias, y, con esa amabilidad que tiene, me permitió que yo se las diese á mi vez.

—¡Basta de disculpas! El tiempo pasa. Soy la condesa de Estrades. Usted ama á la señorita de Annebault, sobrina mía... no diga que no, pues es inútil; usted solicita un empleo de oficial... mañana lo tendrá. y, si Atenaida le gusta, pronto será mi sobrino.

—¡Oh! ¡Señora! ¡Que exceso de bondad!...

—Pero hay que hablar.

—No, señora.

—Me habían dicho que usted amaba á esa niña.

—Tanto como puede amarse; pero si alguna vez puedo declarar ante ella mi amor, es preciso que pueda también declarar mi honor.

—¡Es usted muy obstinado, caballero! ¿Es la última respuesta?

—La última, como la primera.

—¿Se niega á entrar en los guardias? ¿Rechaza la mano de mi sobrina?

—Si es á ese precio, sí señora.

La señora de Estrades lanzó una penetrante mirada, llena de curiosidad, al caballero; luego, no viendo en su rostro seña alguna de vacilación, se retiró lentamente y perdióse entre la multitud.

El caballero, que no podía entender nada de tan extraña aventura, fué á sentarse en un rincón de la galería.

—¿Qué pensará hacer esa mujer?—se preguntaba á sí mismo;—debe de estar loca. Quiere derrumbar el Estado por medio de una calumnia estúpida. ¡Y para merecer la mano de su sobrina me propone deshonorarme! ¡Si Atenaida dejara de quererme, ó si se prestase á semejante intriga, sería yo quien la rechazara!

¡Cómo! ¡Intentar perjudicar á la buena marquesa, difamarla, mancillarla!... ¡Nunca! ¡Jamás!

Siempre fiel á sus distracciones, iría muy probablemente el caballero á levantarse y hablar en voz alta, cuando un dedito de color de rosa le tocó ligeramente en el hombro. Levantó los ojos y vió ante él á las dos máscaras iguales que le habían detenido antes.

—¿Conque no quiere usted ayudarme?—dijo una de las máscaras, disimulando la voz.

Pero aunque los dos disfraces fueran absolutamente iguales y que todo pareciese calculado para dar el cambio, no se engañó el caballero.

Ni la mirada ni el acento eran los mismos.

—¿Contestará usted, caballero?

—No, señora.

—¿Escribirá usted?

—Tampoco.

—Es usted obstinado de veras. Adiós, teniente.

—¿Qué dice usted, señora?

—Aquí tiene su nombramiento y su contrato de matrimonio.

Y le arrojó su abanico.

Era éste el mismo que el caballero había recogido ya dos veces. En la vitela estaban representados los amorcillos de Boucher, en medio del dorado

nácar. No cabía duda; era el abanico de Madama de Pompadour.

—¡Oh, cielos! ¿Es posible, marquesa?

—Muy posible—dijo ella, alzando sobre la barba la lupa de encaje negro.

—Sé como responder, señora...

—No hace falta. Es usted un caballero galante, y ya nos volveremos á ver, pues está usted entre nosotros. El rey le ha colocado en el cuerpo de cornetas blancos. Acuértese de que para un solicitante no hay mayor elocuencia que el saber callarse oportunamente...

—Y dispensadnos—añadió, riendo y marchándose—si antes de daros á nuestra sobrina, ¡hemos tomado informes! ¹.

FINAL DE EL LUNAR

1) Poco tiempo después la señora de Estrades cayó en desfavor con el señor de Argensón por haber conspirado, esta vez formalmente, contra Madama de Pompadour.